PEDRO LAÍN ENTRALGO

LA GUERRA CIVIL Y LAS GENERACIONES ESPAÑOLAS

MADRID
1978

El 18 de julio de 1936, una parte del ejército español se sublevó contra el Gobierno de la República. Pocos días más tarde, lo que en la intención de quienes se sublevaron acaso no pasara de ser un fulminante golpe de Estado -no lo sé- se convertía en abierta, extensa y duradera guerra civil; la más terrible de nuestras ya crónicas guerras civiles. Con ella cambió *nolens volens* la totalidad de la vida española: nuestra moral, nuestra demografía, nuestra economía, la conciencia de nuestra instalación en la historia y hasta eso que aproximativa y tópicamente solemos llamar "carácter español". El modo de ser del español medio, ¿puede decirse que sea el mismo hoy y en 1935?. No me refiero, por supuesto, a las novedades que en la existencia de todos haya impuesto la varia tecnificación de la vida; pienso en algo más profundo. Acaso un día dispongamos de un estudio en el cual todas estas cuestiones sean abordadas documentada y responsablemente. Mientras tanto, tal vez no sea inútil una rápida reflexión acerca de la incidencia de esa guerra civil y de sus consecuencias más inmediatas sobre las varias generaciones que la vivieron.

Como médico quiero actuar ahora, aunque profesionalmente no ejerza la medicina. "Quien bien diagnostica, bien

cura", dice un viejo y acreditado aforismo del arte de curar. De esto, en efecto, se trata: de ayudar a un diagnóstico global y certero de nuestra guerra civil, el problema de los problemas, el mal de los males de España, para que entre todos logremos curarla de él. Tarea que exige, creo, algunas precisiones previas.

Precisiones previas

A los dos términos de mi enunciado conciernen: guerra civil y generaciones españolas.

Al oir las palabras "guerra civil", en lo que habitualmente pensamos en el suceso bélico así llamado: un enfrentamiento armado y militar entre dos porciones de un mismo país. Lo que cada uno a su modo fueron la inglesa de Cromwell y sus parlamentarios contra las tropas de Carlos I, las francesas de La Vendée y la *Commune,* la norteamericana de Secesión, la rusa a que dió lugar la Revolución de Octubre y las varias españolas subsiguientes a la de la Independencia. No, no ha sido escaso el tributo de Occidente a esa espantosa lacra de la convivencia nacional que incurriendo en una suerte de *contradicto in adiecto,* porque a la civilidad no debiera pertenecer la guerra, todos llamamos "guerra civil".

Pero el suceso bélico de la guerra civil no tiene por qué convertirse en hábito psicosocial, como el violento acceso palúdico no tiene por qué trocarse en larvado paludismo crónico, aunque a veces lo haga. De la guerra civil como suceso bélico -una dolencia espasmódica que puede no repetirse, si es convenientemente tratada la causa que ocasionalmente la produjo- debe ser distinguida, por tanto, la guerra civil como hábito psicosocial. El cual consiste en la disposición anímica, a la vez consciente y subconsciente, deliberada y conativa, a creer y pensar que sólo con la eliminación

del adversario, bien por la muerte, bien por el silencio, es posible una vida ciudadana verdaderamente aceptable y eficaz.

En modo alguno fueron tortas y pan pintado los incidentes de la guerra inglesa entre los hombres de Cromwell y los de Carlos I, y mucho menos los de la norteamericana entre los Estados del Norte y los del Sur. ¿Puede decirse, sin embargo, que en la Inglaterra y en los Estados Unidos ulteriores a esas guerras civiles haya perdurado el hábito psicosocial que acabo de describir?. No lo parece; y todo hace suponer que, aparte la indudable prosperidad de ambos países -cuya fuente principal, no lo olvidemos, es el trabajo-, esa no perduración se debe a que los ingleses y los norteamericanos se han aplicado a corregir la causa que dió lugar a sus respectivas contiendas internas.

No ha sido este el caso de España. Soterradamente alentado por causas inherentes a la constitución de nuestra patria como nación moderna -no poco nos ayudarían a entenderlas las ideas de Américo Castro-, el hábito psicosocial de la guerra civil se instauró entre nosotros cuando, a raíz de la Guerra de la Independencia, el liberalismo comenzó a poner en peligro la instalación de la España tradicional en sus creencias y sus privilegios seculares; en las creencias y en los privilegios de los titulares y beneficiarios de esa España. Agrio fruto de tal hábito han sido todas nuestras contiendas civiles, las anteriores a la primera de las carlistas, sólo incipientes, y las posteriores a 1836. El triunfo del liberalismo, al parecer definitivo, en la de 1872 a 1876, pudo dar la impresión de que tan nefasta instalación en la vida política había desaparecido por completo de las almas españolas. Pese a las nada leves incidencias de nuestra historia -Desastre de 1898, Semana Trágica de Barcelona, huelga general de 1917, Dictadura de 1923, revolución de octubre de 1934-, con esa tácita convicción vivimos los españoles, en efecto, desde la

Restauración hasta 1936. Pero el hecho tremendo de la que para nosotros es por antonomasia "la guerra civil", la de 1936 a 1939, iba a poner en dolorosa evidencia que el hábito psicosocial en que esa contienda tuvo su causa profunda seguía operando en los senos de nuestra sociedad. Con la voluntad de contribuir a erradicarlo definitivamente de ella escribo estas páginas.

Algunas precisiones requiere también el segundo de los términos de mi enunciado, "generaciones españolas".

En modo alguno fue un suceso generacional la guerra civil de 1936. Aunque la cosa sea obvia, conviene declararla abiertamente. Con su iniciativa o con su adhesión, algunos españoles quisieron la sublevación militar de julio de 1936. Con su iniciativa o con su adhesión, muchos de esos españoles quisieron que, puesto que fracasó como golpe de Estado, esa sublevación pasase a ser abierta, extensa y duradera guerra civil. Por una exigencia de lo que la dinámica de la vida histórico-social es en sí misma, entre quienes quisieron una y otra cosa predominaron cuantitativamente hombres de dos generaciones, de las cuatro que entonces constituían el cuerpo de nuestra sociedad. Pero, con todo, en modo alguno puede llamarse "suceso generacional" a la guerra civil de 1936. Convendría que no olvidasen esto quienes hoy piensan o dicen: "Aquello fue una bestialidad de nuestros padres y nuestros abuelos". Una bestialidad, por tanto, de la cual dos generaciones y sólo ellas habrían sido las responsables. Ojalá hubiese sido así.

Otra breve nota previa. En países donde es grande la nivelación histórica y social de la cultura, veo muy plausible la idea de extender a toda la sociedad el cambio a que en su acepción social o histórica da nombre el término "generación". En países como España, donde la cultura muestra tan enormes desniveles sociales e históricos, la cosa parece mucho menos covincente. El analfabeto de Villarrubia de Aba-

jo que en 1936 cumpliese 72 años, ¿podía decirse que perteneciese a la misma generación histórica que su riguroso coetáneo don Miguel de Unamuno? ¿Adscribiremos ese intrahistórico villarrubiano a la generación del 98, no obstante la fecha de su nacimiento? ¿Qué notas descriptivas de su personalidad nos autorizarían a hacerlo?. Si a estas interrogaciones puede darse una respuesta afirmativa, no veo cómo. De ahí que en lo sucesivo me limite a llamar "generaciones" a los grupos en que existen notas distintivas más o menos perceptibles y dependientes de la coetaneidad histórica de los individuos que los componen; muy especialmente a los subgrupos que, dentro de aquéllos, expresen ostensiblemente tales notas y -de uno u otro modo- tengan conciencia expresa de su carácter generacional.

Tratemos ahora de ver y entender cómo la guerra civil de 1936 y sus más inmediatas consecuencias operan sobre las distintas generaciones a que afectó.

Intermedio personal

Actuó directa e inmediatamente nuestra guerra civil sobre cuatro generaciones de españoles: la del 98, la del 13, la del 27 y la que, en forma todavía muy balbuciente, en 1936 estaba asomándose a la vida histórica. Hecho éste bien patente hoy, para mí y para todos, a cuyo conocimiento yo había de llegar -confieso mi retraso- ya iniciada la guerra civil misma. En julio de 1936 era yo un mozo provinciano que tardíamente iba penetrando en el meollo histórico de la cultura española y totalmente exento del hábito psicosocial de la guerra civil, pero sobre cuya vida, como sobre la de la inmensa mayoría de los españoles, tan grave, diversa y decisivamente había de actuar la que a poco comenzó.

La fórmula o rótulo "generación del 98", a cuyo conteni-

do tantas horas había de dedicar años más tarde, creo haberla conocido yo en las páginas de "La Gaceta Literaria"; al menos, al de un desmitificador artículo de Bergamín va unido mi primer recuerdo de ella. Pero sólo con posterioridad a ese hallazgo fuí descubriendo a sus hombres y la, aunque relativa, indudable comunidad histórica entre las más significativas figuras del grupo. Unamuno, escritor y pensador cuya insólita religiosidad en carne viva me atraía y perturbaba a un tiempo. Hoy sé comprender el cuasicristianismo agónico de Unamuno, y le echo de menos como pieza importante de la vida espiritual de España. Baroja: qué fuerte impresión la que sobre mí produjeron *Zalacaín* y *El escuadrón del Brigante,* allá en mi adolescencia. ¿Fue la delicada sutileza de *Una hora de España* o fue el encanto impalpable de su *Don Juan,* recién aparecido, lo que me inició en la amistad lectiva de Azorín? A la vez me llegaba la multiforme, genial, siempre renovada y sorprendente maravilla de Valle-Inclán, desde el camafeo irónico *Sonata de estío* hasta el removedor aguafuerte de *Luces de bohemia.* Entré en la obra de los Machado por su teatro; aún recuerdo el gozo de oir al antonio-machadiano Heredia y a la manolomachadiana Lola los finos y hondos decires de la España andaluza. Más afín, sin duda, en el orden de las creencias últimas, pero mucho menos sugestivo en el orden de la expresión y la incitación fue para mí el Maeztu de *Defensa de la Hispanidad.* Los artistas de la generación, Falla, Zuloaga; con ellos, una extraña sacudida en mi oculta entraña ibérica de aprendiz de intelectual. Sus sabios, admirados a distancia, porque las disciplinas que cultivaban no eran las mías: Menéndez Pidal, Asín Palacios, Gómez Moreno; luego, para mi privilegio, en tan amistosa relación conmigo. "A Pedro Laín, uno del 98", me dice don Ramón en la dedicatoria de un retrato suyo. Fue el menos removedor, *et pour cause,* Benavente, de tan parcial y discutible pertenencia literaria e histórica a la generación de sus

coetáneos, pasadas las primeras comedias. Y tanto como los anteriores, Maragall, el catalán más próximo al 98 de Madrid y Salamanca, cuando años más tarde pude penetrar en el bello soto de su obra. Lectivamente primero, convivencialmente luego, así fuí conociendo a los hombres de la entonces ya hecha y derecha generación famosa. Mas ya he dicho que la existencia de ella, con su realidad y con su problema, sólo iniciada la guerra civil apareció con nitidez ante mis ojos.

Algo análogo debo decir respecto de la generación subsiguiente, la del 13; a la cual llamo así porque entre 1913 y 1914 se producen las primeras manifestaciones claras de su acceso al pavés de nuestra cultura: homenaje a Azorín en Aranjuez, conferencia "Vieja y nueva política", de Ortega, poema "Una España joven", de Antonio Machado, política *noucentista* de Ors en la Mancomunidad de Cataluña. Como lector conocí y admiré, estudiante y joven graduado, una parte de Ortega; de Ortega y Gasset, que así le llamábamos en la provincia. Fue el grueso volumen naranja de sus obras, sin embargo, el que de lleno puso dentro de mí el torso de su rica y fecundante lección. De la mano de Ors, de la mente de Ors, más bien, aprendí a ver el Museo del Prado, y en las páginas de *Cuando yo esté tranquilo* tuvo un breviario ético-estético "el que fuí yo a los veintidós años", para decirlo con el recuerdo de un verso de Unamuno. Pronto me fue asimismo familiar, clara e iluminadoramente familiar, la obra ensayística de Marañón. Literalmente me deslumbró el descubrimiento de la prosa de Pérez de Ayala, cuando yo tenía catorce o quince años. Conocí a Angel Herrera allá por 1930; pero bien lejos de pensar que poco más tarde, y en virtud de razones que me parecieron y siguen pareciéndome válidas, había de ver en él un insospechado miembro de la generación a que cronológicamente pertenecía. Otro tanto me sucedió con la manera estética del pintor Vázquez Díaz, a quien sus frescos de La Rábida estaban haciendo famoso.

Ante la altísima obra poética de Juan Ramón Jiménez, a caballo entre el 98 y el 13, sólo fría admiración he sentido siempre; no así ante su prosa, que pongo entre las más egregias y originales del idioma. Al primer Castro, el de *El pensamiento de Cervantes*, llegué más tarde, como a Salvador de Madariaga y al Azaña escritor. Blas Cabrera, Rey Pastor, Tello, Río-Hortega, Augusto Pi y Suñer, Antonio Medinaveitia, Enrique Moles: hombres de ciencia a cuya obra, más próxima a mi formación, podía fácilmente asomarme. Para un joven deseoso de actualidad intelectual, qué innovadora delicia *La unidad funcional*, de Pi y Suñer. Novoa Santos, el patólogo de quien tanto aprendí. Mi maestro Juan Peset. Juan Zaragüeta, que trajo a Madrid la Lovaina del cardenal Mercier. Carande, el gran historiador de nuestra economía. El prehistoriador Bosch Gimpera. El monstruo Ramón, anfibio entre esta generación y la siguiente, como Melchor Fernández Almagro, a su discreto modo de erudito y crítico, y como los historiadores Sanchez Cantón y Sánchez Albornoz. Los juristas Jiménez de Asúa y Sánchez Román. Los médicos Rodríguez Lafora y Goyanes. ¿Y por qué no, junto a ellos, Picasso, aún cuando sólo desde lejos conviviera históricamente con sus camaradas de acá? A don Teófilo Hernando le traté con amistad, verdadero regalo para mí, cuando mi idea acerca de su generación ya se hallaba enteramente configurada.

Entre 1931 y 1936, el quinquenio de la República, "engrameaba la tiesta" un nuevo grupo generacional, ese a que llamaron "del centenario de Góngora" y hoy todos llamamos "del 27". Generación de la cual con sobradísima razón se recuerda y pondera su ala literaria, desde Pedro Salinas y Jorge Guillén, los decanos, hasta Luis Cernuda y Rafael Alberti, los benjamines; pero a la cual asimismo pertenece una no menos importante ala intelectual y científica. La mención de unos cuantos nombres lo demostrará: los filósofos

Zubiri, Gaos, García Baca y Xirau, los romanistas Dámaso Alonso y Rafael Lapesa, el histólogo Fernando de Castro, el bioquímico Severo Ochoa, el Farmacólogo Méndez, el anatomopatólogo Costero, el anatomista Orts Llorca, los médicos Jiménez Díaz, Trueta, Pedro Pons, Casas, Rof Carballo, Alberca, Ajuriaguerra, Valenciano, Gay Prieto, González Duarte, Vara López, Vega Díaz y López Ibor, los físicos Palacios, Catalán y Duperier, el arabista García Gómez, los historiadores del Arte Lafuente Ferrari y Camón Aznar, los juristas Joaquín Garrigues, Alfonso García Valdecasas y Emilio Gómez Orbaneja, el historiador del Derecho Luis García de Valdeavellano, el arquitecto Sert, el sociólogo -luego literato- Francisco Ayala. En uno u otro grado, con casi todos he tenido y sigo teniendo amistad, y a casi todos les considero miembros de un mismo grupo generacional en la historia de nuestra cultura. Incipientemente me lo hicieron entrever tres dispares experiencias intelectuales: mi sucesivo encuentro con los artículos de Zubiri en "Revista de Occidente" y en "Cruz y Raya", con las lecciones de cátedra de Jiménez Díaz y, aparte un luminoso ensayo suyo, con las conferencias que en un aula valenciana oí a Dámaso Alonso, conmemorando a Lope de Vega. Dispersa y multiforme, una gran generación estaba tomando el gobernalle de nuestra inteligencia y nuestras letras cuando comenzó -para tantos, estalló- la guerra Civil por antonomasia, la de 1936.

Por entonces lanzaba al aire sus primeros balbuceos una posible generación nueva. Dos jóvenes poetas, Miguel Hernández y Luis Rosales, estaban dando testimonio del suceso. Bien poco después fué esta la generación más inmediatamente movilizada por la guerra civil, y en consecuencia la más tajantemente partida, la más duramente quebrantada por nuestra atroz contienda. *Bella plus quam civilia*, dice una sentencia de Lucano. Durante nuestro año en Burgos, de Antonio Tovar la aprendí yo; y aunque los dos estuviéramos entonces con uno de los bandos de la España en guerra, co-

mo definitoria de la nuestra, del sangriento *bellum civile* a que día a día asistíamos, comúnmente la vimos y sentimos ambos. ¿Era esa, es esa mi propia generación? Así lo pienso, y luego diré por qué.

Un mañana no suyo

Salvo Valle-Inclán, muerto cuando empezaba 1936, todos los miembros de la generación del 98 vivían y escribían en julio de ese año. Se trata de indagar cómo la guerra civil incidió sobre sus vidas, a juzgar por lo que de ellas sabemos, y si en esa varia incidencia puede advertirse algún rasgo común, por tanto generacional.

Individualmente tan diversos en su mocedad, literariamente tan distintos en su madurez, algo semejante hay en todos ellos, en tanto que hombres de España y ante España. La investigación reciente -Tuñón de Lara, Blanco Aguinaga y Valverde, entre otros- nos ha hecho conocer con penetrante minucia la rebeldía social y política del Unamuno joven y del Azorín mozo, de signo marxista la de aquél, de aire anarquista la de éste. Menos incisivo que Azorín, algo se le parecía el primerísimo Maeztu. No fue tan manifiestamente combativa la actitud de Valle-Inclán, Baroja y Machado frente a los problemas sociales de aquella España, no obstante la íntima independencia y el radical inconformismo de los tres. En cualquier caso, la rebelión tuvo como forma constante la palabra, no la acción política. Más aún. Salvo en el caso de Unamuno y en el de Maeztu, que nunca quisieron renunciar al arma del artículo volandero, y por tanto a la lucha contra lo inmediato y al empeño de reformarlo, todos darán expresión puramente literaria a su visión de la realidad española; expresión en la cual, y de manera cada vez más clara y dominante, con la dura crítica va fundiéndose un en-

sueño consolador: el desvelamiento imaginativo de una España posible, limpia de sus lacras tradicionales y fiel tanto a la entraña de sí misma como al nivel histórico de la humanidad entera, según ellos lo entendían entonces. Páginas y páginas he consagrado al empeño de demostrar esta tesis.

Fidelidad de la patria a una intimidad suya todavía no realizada, limpieza moral, actualidad de la vida histórica europea -admitida en parte y en parte rechazada- durante el último decenio del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX; tales fueron las tres coordenadas de la común exigencia. Y ante ella, más o menos explícitamente formulada en cada uno, la respuesta común fue un mito, en el sentido soreliano del término: la tercera salida de Don Quijote a la arena de la historia; la cuarta, si se cuenta aquélla en que el hidalgo fue armado caballero y libró de los azotes de su amo al criado de Juan Haldudo. Desde el fondo de sus posibilidades históricas, en buena parte inéditas, España-Don Quijote, ahora sin armas, sólo con su alto ejemplo, saldría al mundo para señalar a éste un norte nuevo.

En todos ellos puede ser percibida la expresión de tal ensueño, hasta en los que por la vía de la ironía o del sarcasmo parecían más radicalmente desmitificadores de la realidad histórica de España. Muy claramente en Unamuno: recuérdese su epílogo a *El sentimiento trágico de la vida.* No menos claramente en Azorín, si uno sabe leerle con atención, y en Maeztu, cuyo proyecto de una "nueva Hispanidad" tan clara raíz quijotesca posee. ¿Y por qué no en las barojianas páginas de *César o nada?*. Quijotesco asimismo es el ánimo español de Valle-Inclán. Quien lo dude, ponga en conexión la última gesta de don Juan Manuel de Montenegro, aquélla en que el golpeado vinculero se constituye en redentor de los pobres, y la tácita empresa de liberar a la sociedad española de los vicios y deformaciones que dieron origen a la invención del esperpento. Quijotesco, en fin, tras la rabiosa

poesía civil de "Campos de Castilla", fue el ensueño de Antonio Machado, tan vivo en los últimos años del poeta: su entrañamiento como ciudadano y como cantor en un pueblo cuya vida colectiva fuese la realización de un socialismo amoroso y cristocéntrico, según la machadiana manera de entender al Cristo.

Cuando llegó el decisivo trance de 1936, ¿cuál era la situación de los miembros de la generación del 98 ante el ensueño de la España posible que, vario y común a un tiempo, latía en el hondón de sus almas?. Por él sigue luchando Unamuno bajo la anécdota de su brava pelea contra la Dictadura de Primo de Rivera. A él llega lo mejor de Maeztu, en el seno de su dorada acomodación a la política del Dictador. Apenas parece vivirlo el Antonio Machado de *La Lola se va a los Puertos* y de Guiomar. Acaso sin muy clara conciencia de ello, dentro lo llevan Valle-Inclán, en su tránsito de la "comedia bárbara" al "esperpento", y el Baroja que escribe sobre las andanzas de Aviraneta y las guerras carlistas, pese a su aparente intención de reducir a vivaz espectáculo literario la materia de sus novelas. Pero yo estoy seguro de que en todos ellos y en ese hondón de sus almas late y de cuando en cuando pincha la conciencia de fracaso -como reformadores de la vida española, no como descomunales creadores de literatura- a que tan hermosa y patética expresión había dado en 1914 el poema "Una España joven", de Antonio Machado.

Vale la pena analizarlo al galope: Empleando un significativo plural, y después de un sombrío apunte expresionista de la vida española a que históricamente despertaron, el poeta proclama la varia y comunal empresa de su generación: "Dejamos en el puerto la sórdida galera..." Cada cual a su modo, todos se dispusieron a hacer suyo el futuro, y en el ánimo de todos lució, incitadora, la chispa de la esperanza: "Mas cada cual el rumbo siguió de su locura... y dijo: El hoy

es malo, pero el mañana es mío". El mañana: el "alba de oro" que en su incipiente madurez decía esperar Rubén. Pero el mañana de aquel hoy, ese a que personal y mancomunadamente habían de llamar suyo los aludidos en el poema, ofrece el autor de éste un rostro todavía más penoso que el apenas remoto ayer: la España que vomita sangre de su propia herida. Otros vendrán, en ellos hay que esperar. Antonio Machado, que siempre se sintió más viejo de lo que a su edad correspondía -a los treinta y nueve años escribió estos versos-, entrega la antorcha a otra generación; sin duda, la que en Aranjuez acaba de festejar a Azorín, ya reaccionario "por asco de la greña jacobina". Así lo declara la última, famosa estrofa: "Tú, juventud más joven, si de más alto vuelo -- la voluntad te llega..." Tan alto vuelo como la juventud de los que doce o quince años antes dejaron la sórdida galera en el puerto, ninguna otra voluntad histórica lo tendrá. ¿Cabe vuelo más alto que el de un nuevo Don Quijote cabalgando sobre un nuevo Clavileño?.

Cierto: el advenimiento de la República galvanizará -parecerá galvanizar, más bien- la ilusión de los fracasados que soñaron esa España posible, o que, como Unamuno, siguen luchando por ella, además de soñarla. Pero el Unamuno de los discursos de su regreso del exilio o de su defensa de la lengua española, en las Cortes constituyentes, ¿es acaso el mismo del epílogo a *El sentimiento trágico de la vida?*. Valle-Inclán va a la Academia de Roma y Antonio Machado -gran prebenda- pasa del Instituto de Segovia a un Instituto de Madrid; Azorín, el antiguo ciervista, y Baroja, que por nada del mundo renunciaría a dárselas de escéptico, no dejan de encontrar más grata su instalación en la nueva vida española. Por la vía de la más resuelta oposición a la República, hasta el propio Maeztu siente en su ánimo cierta reviviscencia; después de todo, luchar rejuvenece. Menéndez Pidal vive serenamente la esperanza de ver al fin resuelta la dolencia nacional

que en el pórtico de una gran *Historia de España* él mismo ha diagnosticado. Y a pesar de la alarma que en todos producen los sucesos de 1934, inesperadamente llegará para todos el comienzo de la guerra civil. Veamos cómo ésta afectó a sus vidas.

Conocemos la pronta adhesión de Unamuno a la sublevación militar; pero quien lea con atención el texto de su mensaje, no verá en la letra de éste esperanza en aquello con lo que su autor cree estar, sino temor de aquello contra lo que su autor está hablando. Las primeras semanas de la guerra civil muestran a don Miguel la verdadera realidad del mundo que le rodea, y el 12 de octubre de 1936 da pública y patética expresión a su modo de sentirla. Desde entonces vive aislado, herido, atormentado; "entre los hunos y los hotros", según lo que en sus unamunianas y unamunescas cartas postreras dice al escultor Quintín de Torre, y -como tan bien revelan los últimos poemas- en la agonía de su permanente problema íntimo, sólo en apariencia serenado pocos años antes. No tardará en matarle su dolor de España.

El servicio a la causa del pueblo enciende el alma de Antonio Machado. El, sí, está resueltamente consigo mismo y con lo suyo, y esta sincera convicción le llevará luego a morir en exilio y soledad. No le mató la enfermedad, pese a lo que diga el certificado de su defunción; porque en la raíz misma de la dolencia de su cuerpo estaba, haciéndola mortal; el enorme drama de su patria. "Se canta lo que se pierde", dice uno de sus versos finales. Después de lo que él vivió, ¿dejaría de estar entre lo perdido y al fin no cantado la utopía quijotesca de una España titular, con la Santa Rusia, del socialismo amoroso y cristocéntrico que como español, como poeta y como amante de su pueblo él había soñado?.

Por ser fiel a su ensueño de España y a sí mismo mataron a Ramiro de Maeztu, e íntimamente fiel a ese ensueño debió de morir. No es fácil adivinar lo que piensa un condenado a

muerte, cuando en la fidelidad a las propias creencias tiene la muerte su causa. La conciencia de no ser sino ensueño la "nueva Hispanidad" que desde hacía años venía dando ideal a su vida española, ¿cruzaría entonces por su alma? Y de haber pervivido, de haber conocido lo que iba a ser la victoria de aquellos a quienes entonces él llamaba "los míos", ¿habría quedado ileso ese colosal ensueño?. Me permito responder con un "sí" a la primera de estas dos interrogaciones, y con un "no" a la segunda.

Unamuno, Machado y Maeztu, víctimas del drama de nuestra guerra civil; Azorín, Baroja, Menéndez Pidal y Falla, supervivientes de ella. ¿Cómo?. Azorín, intentando redimir con su aislamiento exquisito, su invisible ironía esencial y la evasión literaria hacia nuevos "otros" de sí mismo -"Equisana", vida de "Equis", es el significativo título que para la etopeya propia había elegido-, su visible acomodación a los vencedores y la inconveniencia de alguna de sus palabras de ocasión. Fiel-infiel Azorín, Azorín permanente. Tras el riesgo de los primeros días de la contienda, tras el ulterior exilio en París, Baroja, retirado, socarrón, siempre insobornable, recibe en su casa de Madrid a la gavillita de sus leales, respira en su casa de Vera y oye cómo en el mundo que le rodea se mezclan sin confundirse el elogio y el dicterio. Cuando Baroja y Azorín se hayan encontrado en los Campos Elíseos, ¿cómo habrán comentado sus respectivos entierros, tan distintos el uno del otro?. Menéndez Pidal sigue trabajando serenamente. Su dolor de España y la penosa decisión de dejarla no quebrantan el ánimo de quien tan egregia y ejemplarmente supo hacer del trabajo la norma de su vida. Pero la consigna ética y política que expuso en el pórtico de la *Historia de España* presidida por su nombre, ¿quién quiere entonces seguirla?. No, por supuesto, el Jefe del Estado, que ni siquiera un representante ha enviado a su casa, con motivo de su muerte. Falla, en fin, huye de lo que

do en Granada, y en la Córdoba argentina se extingue poco a poco, luchando en vano por dar término a *La Atlántida,* ambiciosa versión musical del quijotismo hispánico de su generación.

"Pero el mañana es mío", dijeron a una los hombres de la generación del 98, allá por los primeros años de su madurez. No fue de ellos el mañana; todos murieron en un hoy al que de ningún modo podían llamar suyo. Pronto su obra personal, tan originalmente propia en cada uno, había de hacerles gloriosos; pero su total fracaso como soñadores de Españas posibles les emparejó a la hora de la muerte. Les unía de nuevo, ahora por la vía del fracaso, aquello por lo cual tuvo sello característico su generación. Quisieron demasiado. Más que elaborar una reforma, soñaron una transfiguración; por eso fue tanto más intensa en ellos la soledad individual, y tanto más recio el fracaso colectivo. ¿Quién seguía entonces, quién seguiría más tarde los varios caminos de su ensueño? El hecho mismo de la guerra civil, ¿no fue ya, por sí solo, una terrible, brutal negación de todos ellos?. Y, sin embargo...

Un imperativo: seguir

La necesidad de la incorporación de España a la Europa moderna empezó a sentirse tan pronto como la gran ciencia que esa Europa estaba creando fue más o menos conocida entre nosotros; es decir, en los últimos lustros del siglo XVII. La conversión de ese sentimiento en consigna expresa -"europeización de España"- se hizo contante y sonante por obra de Costa y sus compañeros de generación. Pero a estos beneméritos europeizadores cabía hacerles una objeción básica: que no conocían suficientemente la Europa a cuyas formas de vida debíamos atemperarnos. Habrá luego, por su-

puesto, españoles perfectamente documentados acerca de lo que en sus respectivas disciplinas estába haciendo la mejor vanguardia europea: Cajal, Hinojosa, Menéndez Pidal, Julián Ribera, Asín Palacios. Más aún: respecto de algunos de ellos -Cajal en primer término-, el estar al día en su ciencia obligaba a los sabios de Europa a contar con lo que en España se hacía, a "estar al día de España". "La luz nos viene esta vez de la luminosa España", dijo el venerable histólogo Kölliker ante los hallazgos y las ideas de Cajal. Pero el bien fundado empeño de hacer de España un país normalmente europeo en todos los órdenes de la vida colectiva -ciencia y filosofía, ética civil, convivencia política, conciencia histórica, encarnación social de la religión, etc.-, sólo con la generación de 1913 tuvo formal realidad. Europeizar de tal modo a España, que los hábitos nuevos se fundan unitariamente con lo mejor de su vida popular y con el desarrollo de sus no más que esbozadas capacidades; tal es el objetivo común. Es preciso dar nueva vida a "la gema iridiscente de la España que pudo ser", dice una expresiva fórmula de Ortega. Pauta inicial y suprema, el estilo de Cervantes. El quijotismo adquiriría real eficacia transformadora haciéndose -no, desde luego, en el sentido que a la palabra suelen dar los eruditos- cervantismo. "Si algún día viniera alguien y nos descubriera el perfil del estilo de Cervantes -escribe el mismo Ortega-, bastaría con que prolongáramos sus lineas sobre los demás problemas colectivos para que despertáramos a nueva vida". La imaginación creadora, la documentación correcta, el trabajo metódico y una bien ordenada educación deberán ser, en consecuencia, los recursos principales para el logro de la meta a que se aspira.

No es preciso un conocimiento muy riguroso de nuestra historia contemporánea para advertir que tales consignas y tales métodos no son novedad absoluta en nuestra vida colectiva. El ejemplo de Cajal y Menéndez Pidal, lo que en uno

y en otro era modelo y no mito, estaba ya en la atmósfera de nuestra cultura. La Institución Libre de Enseñanza venía proclamando y practicando devotamente el mandamiento de la educación. Creada antes de que la generación del 13 iniciase su vigencia histórica, la Junta para Ampliación de Estudios -a la cual, dicho sea en inciso, había de dar su plena eficacia Castillejo, hombre de esa generación- a ese mismo designio debió su nacimiento. Todo lo cual, creo, en modo alguno invalida mi aserto precedente.

Educación de España, de toda España, para una vida españolamente europea; hacia ella se mueve el esfuerzo de los que en torno a 1913 inician su madurez. "Liga para la Educación Política" llama Ortega a la más temprana de sus empresas públicas. Educación es asimismo lo que en Cataluña se propone la primera heliomaquia de Eugenio d'Ors. Ya no basta la obra personal; ahora es necesaria la institución formativa y reformadora. Reformar y educar son las metas principales de "El Sol", órgano periodístico de buena parte de la generación. Marañón quiere enseñar en su Instituto Medicina al día, por supuesto, mas también convivencia ciudadana. Con "El Debate" y la Asociación de Propagandistas, aunque ni de aquél ni de ésta fuese él fundador, Angel Herrera se propone europeizar nuestro catolicismo, demasiado enquistado y tradicional hasta entonces. Cultura europea actual y vida española se combinan en las novelas y los artículos de Pérez de Ayala. Ciencia a la europea hace en Barcelona Augusto Pi y Suñer, tras el valioso, pero poco metódico, un tanto anarquizante prólogo de Turró. Para ser españoles a la europea se prepara a los pupilos de la Residencia de Estudiantes. Todo ello sin mengua de la admiración por Antonia Mercé, de la amistad con Juan Belmonte y de una nueva estimación, ya no puramente noventayochesca, de nuestro inagotable paisaje campesino.

Crítica, pues; dura crítica de las viejas, consuetudinarias

lacras de la vida social española. En este orden de cosas, la continuidad con la obra de los hombres del 98 es patente y declarada, aun cuando no sea tan intensa la acritud; a este respecto, casi todo estaba dicho. La novedad se produce a la hora de pasar de la censura al remedio. En lugar del ensueño, el proyecto. No la transfiguración, sino la reforma. Obra personal creadora, desde luego; mas no imaginada y labrada en escotera soledad, sino arraigada en el seno de una institución y atenta siempre al imperativo de la educación. Ahondar en los senos de la realidad de España, sí; mas no para proclamar la oculta e inmaculada virginidad de ellos, como Ganivet, o para desde ellos mover la cruzada de la españolización de Europa, como Unamuno, sino para entender nuestra historia y, sobre este fundamento, edificar a continuación una España eficaz y europea. Frente al quijotismo, el cervantismo. Cervantismo como tríaca propone Ortega; concebido como en *El pensamiento de Cervantes* o como, varios lustros más tarde, en *Hacia Cervantes,* cervantismo prescribe Castro; y tengo por seguro que, con las variantes personales de rigor, todos sus compañeros de generación se hallaron tácitamente acordes con la propuesta. Sólo a través de Cervantes podría ser históricamente eficaz Don Quijote. La soñadora ambición hispánica de la generación del 98, ¿ha quedado empequeñecida y alicortada en los ideales de la generación del 13? Quién sabe. "Todo es conforme y según", diría el sofista Manuel Machado.

Ahora bien: la proyectada europeización, ¿a qué Europa se refería? En un primer momento, a la anterior a 1914. No poco cambiará la vida europea con la Primera Guerra Mundial; pero la Alemania de Weimar, la Francia de Proust y Valéry y la Inglaterra de Oxford y Cambrigde continúan siendo el modelo. Pasan los años. Casi todos ellos -Ortega, Pérez de Ayala, Marañón, Castro, Besteiro, Pi y Suñer, Cabrera, Hernando, Madinaveitía, los discípulos de Cajal- verán

en la República de 1931 la gran oportunidad para la realización definitiva del proyecto común. Hasta el propio Angel Herrera, cuando las elecciones de 1933 abran ante él y los suyos la posibilidad de hacer anchamente real en España su manera de entender la encarnación social y política del catolicismo. Acaso sea Ors el único en torcer el gesto, aun cuando no comparta y no pueda compartir la postura de "Acción Española". ¿Se cumplirá por fin aquella ilusión?. El "no es esto" de Ortega indica que la decepción va ocupando en su alma el lugar de la esperanza; me atrevo a pensar que también en el alma de casi todos sus conmilitones. No creo, sin embargo, que la idea de no seguir y el temor de no alcanzar lleguen a quebrantarles por completo el brío. Y así, sin sospecharlo, reciben el golpe atroz de la guerra civil; el evento que más ruda y abiertamente podía oponerse al objetivo de la generación entera. Vista desde julio y agosto de 1936, qué tenue, qué fragil, qué limitada en su área era, respecto de la total y ensangrentada realidad de España, la película social que constituían el círculo de "Revista de Occidente" y "El Sol", la obra de las Residencias de Estudiantes y de la Junta para Ampliación de Estudios, el Institut d'Estudis Catalans, la nueva Universidad, la Asociación Católica de Propagandistas; las instituciones que esa generación creó o en que tuvo eficaz actividad rectora. En sólo unos días, todo lo echó por tierra la ferocidad de las dos Españas que entre sí luchaban a muerte.

Cualquiera que fuese el grado de su última afección a la España republicana, y no contados los más directamente comprometidos en la acción política, como Azaña y Besteiro, apenas hay uno que no opte por el exilio voluntario: Ortega, Marañón, Pérez de Ayala, Hernando, Castro, Río-Hortega, Madariaga, Madinaveitia, Cabrera. La saña de los que en modo alguno querían educación europea y reforma de los viejos hábitos, comprendido el de la guerra civil, les segó

a otros la vida. Y luego, salvo aquellos a quienes su participación personal en la contienda, su arraigo en otras tierras o un puntilloso imperativo de conciencia vedaron el retorno, todos van regresando a la tundida piel de toro de su origen. ¿Para qué? Este es el problema.

A riesgo de incurrir en excesiva simplificación, me atrevo a dar una breve respuesta: volvieron para seguir cumpliendo el designio de su generación; más concisamente: para, sin detrimento de su dignidad, seguir. No podía ser su caso el de los hombres del 98. A diferencia del ensueño transfigurador, sometido por esencia a la ley del todo o nada, y condenado, por tanto, a que sea total su fracaso cuando la desventura sobreviene, el proyecto reformador siempre tiene ante sí alguna posibilidad. Tres casos, a modo de ejemplo: Ortega, Marañón, Américo Castro. Cincuenta y tres eran los años de Ortega al iniciarse la guerra civil, y apenas ha rebasado los sesenta cuando de nuevo se instala en Madrid: la edad de la "melada plenitud frutal", como en tiempos en que la vejez llegaba mucho antes que hoy dijo de la madurez el poeta Keats. ¿Para qué ha vuelto Ortega? Para esto: si le es posible, en la medida en que le sea posible, quiere seguir siendo en su patria el mismo que veinte años antes fundó la "Revista de Occidente", un educador intelectual y civil de su pueblo, a la altura de lo que entonces pide el nivel de la historia. ¿Fue acaso otro el designio del malogrado Instituto de Humanidades? Más joven es Marañón cuando regresa a España y reconstruye su Instituto de Patología Médica. ¿Para qué lo hace? Para seguir siendo el mismo que en 1935, año en que sus discípulos le dedicaron el libro *Veinticinco años de labor.* Más humanamente, si cabe, que entonces, sabia y elegantemente desasido de artificiosos propósitos extraclínicos, Marañón enseña otra vez medicina clásica y actual a los médicos españoles; como en su vida no hospitalaria sigue enseñando a todos, médicos o no, conducta española y liberal.

Américo Castro vino más tarde, tras haber triunfado como docente en Princeton y cuando aún le era posible prolongar su magisterio en Norteamérica. ¿Para qué vino Castro? Para enseñar a los españoles una visión de su historia que, además de permitirles entenderla con luz inédita, les instalara con alma más lúcida en el presente y hacia el futuro. Con otras palabras: para, tras el de *El pensamiento de Cervantes,* predicar un cervantismo nuevo, más profundo y completo que el antiguo, más radicalmente sanador.

Destino común de estos tres proseguidores de sí mismos y del espíritu de su generación: el fracaso. No el de su respectiva obra personal, claro está, sino el de su empresa europeizadora y educativa. Contra lo que algunos pretendimos, la España imperante -al fondo, la guerra civil, de cuyos presupuestos nunca quiso salir esa España- hizo imposible la continuación del magisterio de Ortega, y en digno y recatado aislamiento hubo de morir el filósofo. El homenaje popular a Marañón el día de su entierro fue imponente; pero en la suerte final de su Instituto, ya antes de que él muriese, ¿pudo no ver el gran médico un signo del fracaso de su obra reformadora? ¿Y qué sino fracaso ante el rescoldo social de la guerra civil y ante otras incomprensiones fueron, respecto de su personal empresa, los años postreros de Américo Castro?.

Fracaso terminal, en suma, de la generación de 1913; más grave que el de la generación de 1898, porque, cada uno a su manera, los hombres de aquélla continuaron sirviendo al propósito común. Oigo la objeción inmediata: "¿Y Ors? ¿Y Herrera?" Vale la pena examinar brevemente la almendra de uno y otro caso.

"Esta es mi hora", debió de pensar Eugenio d'Ors al venir de Francia a España, a comienzos de 1937. Así pareció demostrarlo su paso por Pamplona y su gestión en la Dirección General de Bellas Artes; y más aún la acogida a su invención

del Instituto de España. Ors, sin embargo, no podía ser "el" intelectual de la España de Franco, y menos todavía "el" mandarín de la cultura del nuevo régimen. Para ello le sobraban inteligencia a la europea, ironía expansiva ("Yo no seré Goethe, pero tampoco él es Napoleón") y orsianismo doctrinario ("Soy el alejandrino de mí mismo"). Así iba a demostrarlo su expulsión de la secretaría perpetua del Instituto de España, empujado por muy genuinos representantes de la cultura oficial. Qué melancólica y significativa confirmación de su fracaso, no obstante haber sido nombrado poco antes catedrático extraordinario de Ciencia de la Cultura, su retirada a Cataluña, para en ella acabar de morir.

Otro *trompe-l'oeil* veo yo en el aparente triunfo político y social de Angel Herrera, después de ser ordenado sacerdote. Fue obispo, pudo fundar nuevas instituciones, tuvo a algunos de sus más fieles en el Gobierno y brindó a Franco el sabroso tanto de imponerle la birreta cardenalicia. Pero el régimen que había impedido la pervivencia de "El Debate" la más personal y acaso la más querida de las creaciones seculares de Herrera, ¿podía admitir *de veras* la europeización de nuestro catolicismo que tan tenazmente él había propugnado?. La tan invocada "doctrina social de la Iglesia", ni siquiera ella, ¿cabía *de veras* en la España franquista?. Pese a la granjería del posibilismo colaboracionista, a cuya seducción tan notoriamente cedió, el europeizador Angel Herrera murió en secreto fracaso. La vida religiosa ulterior al Concilio Vaticano II lo hace patente hasta para aquellos cuya mirada no sabe traspasar la piel de las cosas.

Quienes con tanto ahinco habían tratado de educar a los españoles para que la guerra civil no fuese entre ellos posible, *murieron -o debieron morir- con la amargura de ver cómo* una guerra civil, la más cruel de todas, arruinaba muy buena parte de su obra; tanto más, si la muerte tuvo como suelo el del exilio. ¿Puede un ideal noble, sin embargo, fra-

casar por completo y para siempre? El horaciano *non omnis moriar,* ¿les estuvo enteramente vedado a los hombres de la generación de 1933?.

Crecer en otro suelo

Al comenzar la guerra civil, los treinta y cinco años eran, entre los miembros de la generación del 27, el promedio de la edad; la sazón en que, ya bien pasados los años de aprendizaje y peregrinación, empiezan a dar fruto granado los de maestría y magisterio. Mostraré concisamente cómo la guerra civil incidió sobre sus vidas, en tanto que unidades integrantes de una generación histórica. No poco se ha escrito sobre el ala literaria de ella, bien que dejando ordinariamente de lado el modo de su pertenencia a la general historia de España y desconociendo que junto al grupo de sus egregios poetas hay toda una serie de importantes prosadores: Bergamín, Francisco Ayala, Rosa Chacel, Sender, Barea, Jarnés, Sánchez Mazas, Giménez Caballero, Montes, Espina, Jardiel Poncela, Mihura, varios más. Mucho menor ha sido la atención a su ala intelectual, en tanto que parte de ese todo. A ella principalmente voy a referirme.

Poetas, prosistas, pensadores y hombres de ciencia de la generación del 27. Considerada ésta según su plural y compleja totalidad, ¿cuál es su carácter propio? Respecto de la generación que la precede, ¿cómo debe ser diferencialmente descrita? Más acotadamente, incluso: en tanto que suceso literario, ¿en qué consiste la comunidad generacional de su grupo poético? Salvo algunos intentos definitorios -Vivanco, Valverde-, no creo que haya respuesta válida a tales interrogaciones. Yo, desde luego, no la tengo, y no puedo detenerme ahora en el arduo trabajo de buscarla. Pero limitando el área de mi visión al rico conjunto de sus pensadores y hom-

bres de ciencia, tal vez logre ofrecer alguna idea aceptable.

Puesto al lado de las generaciones que inmediatamente le preceden, dos notas principales, una positiva y otra negativa, distinguen a ese amplio conjunto.

La nota positiva: constituir en tanto que tal conjunto la primera de las generaciones españolas cuyos miembros, como consecuencia de una formación intelectual bien planeada, inician su madurez en plena posesión de las técnicas y los saberes que exige un cultivo "europeo" de sus respectivas disciplinas. En ellos empieza a ser anchamente perceptible la obra educativa de la Junta para Ampliación de Estudios, y bien pronto lo verá quien sepa comparar la Universidad española de 1935 con la de 1900. ¿Será necesario decir que sin la acción de la generación del 13 -y, antes aún, sin Giner, Cajal, Hinojosa, Menéndez Pidal y Asín Palacios- esa realidad no hubiera sido posible? Creo que tiene validez general un expresivo texto del Marañón médico: "Cuando mi generación empezó a trabajar en sentido moderno -escribió en su prólogo a *Veinticinco años de labor*-, estábamos en la situación de Robinson Crusoe, que tuvo que ser albañil, cazador, cocinero, maestro y público de sí mismo. Si los que vienen detrás pueden tocar un solo instrumento y afinarlo hasta la perfección, para bien de la ciencia, algo nos alcanzará a nosotros de su mérito". Así pudieron iniciar su magisterio como *pares inter optimos,* incluso mirados desde Europa, los mejores de nuestra generación del 27.

La nota negativa: en tanto que tal conjunto, no es perceptible en el grupo de la existencia explícita de un propósito de reforma de la vida española. A la generación entera puede extenderse la observación. Españoles son todos, y en España han recibido su formación primera. Conocen al dedillo, por supuesto, las vicisitudes de nuestra historia remota, y hasta 1936 conviven discipular o adversativamente con las dos generaciones que les anteceden. La crisis de la monar-

quía constitucional, tan patente desde 1917, acaece durante su ya despierta mocedad. El episodio de la Dictadura opera sobre todos ellos, y, más o menos activamente republicanos, casi todos ven con abierta esperanza el advenimiento de la Segunda República. Por la cultura española trabajan, y lo saben, y lo quieren. ¿Por qué, entonces, a diferencia de lo que venía siendo regla, esa ausencia de ánimo crítico y reformador en el grueso del nuevo grupo generacional? A mi modo de ver, por esta razón básica: porque hasta la inminencia o la realidad factual del hecho decisivo de la guerra civil, los hombres de la generación del 27 viven con la tácita convicción de que el problema de España -su retraso científico y técnico, sus grandes desigualdades sociales, las corruptelas de su vida política, la ruda incultura de buena parte de su pueblo; en el hábito psicosocial de la guerra civil, ni siquiera piensan- va siendo resuelto con paso recto y seguro. Dicho de otro modo: porque, sin hacerse de ello cuestión, confían en la continuidad y en la eficacia de la empresa educativa iniciada por sus abuelos y sus padres; empresa a la cual está dando cauce más ancho y apoyo más firme el naciente régimen republicano. La del 27, en suma, se constituye como una generación fundamentalmente apolítica, y de ahí la "pureza" o el juvenil ánimo lúdico con que se trabaja intelectualmente, se adoptan "ismos", se hace poesía, se pinta o se empieza a hacer cine. También Dalí, Miró, Palencia y Buñuel son parte de esa generación.

Minoritariamente, algo cambiarán las cosas durante los años finales de la República del 31. El proceso de la política republicana, por un lado, la seducción de dos grandes novedades surgidas en la historia europea, por otro, determinarán que una pequeña parte de la generación -Alberti, Roces, Balbontín- se oriente hacia el comunismo, y que un subgrupo de ella -Giménez Caballero, Ledesma Ramos, Sánchez Mazas y, por supuesto, José Antonio Primo de Rivera- se incli-

ne resueltamente hacia el fascismo. Con los matices que nuestra peculiaridad nacional pueda imponer, el ideal de una España comunista y el ideal de una España fascista se levantan a uno y otro costado de la generación. La mayor parte de ésta, sin embargo, perdura en su apoliticismo y en la básica disposición liberal de sus orígenes. Así la sorprende el drama enorme de la guerra civil.

Todos conocemos la varia acción de ese drama sobre tan gallarda y prometedora generación. Para algunos, la alevosa ejecución en la retaguardia; que el nombre de Federico García Lorca les represente, cualquiera que fuese su color. Para otros, si el azar se lo permitió, el servicio entusiasta a la causa en que creían. Para no pocos, ya terminada la contienda, el exilio. Para los restantes, la dura e ineludible prueba de seguir haciendo su vida en la España ulterior a 1939; porque tras la incierta esperanza de los primeros días -doble esperanza: que el vencedor convocase generosamente a todos los "restantes" a la tarea de rehacer España; que la obvia regla de llamar con especial instancia a los mejores, y ellos lo eran, cada uno en lo suyo, fuese entonces cumplida-, fallida bien pronto esa inicial esperanza, dura e ineludible prueba fue el trabajo para quienes a todo evento quisieron permanecer en la tierra materna.

No exagero. Para no repetir lo que otras veces he dicho -véase mi artículo "Más sobre la ciencia en España", en el libro colectivo *Once ensayos sobre la ciencia* (Madrid, 1973)- me limitaré a presentar una breve lista de nombres, instituciones y disciplinas. Filología románica: ausente don Ramón Menéndez Pidal, en España estaban Dámaso Alonso y Rafael Lapesa. Filosofía: pudo contarse con Xavier Zubiri desde 1939, y con Ortega pocos años después. Física: Palacios y Catalán, a los que pronto se hubiese unido Duperier, y quién sabe si, llamado por ellos, el propio don Blas Cabrera, quedaron ostensiblemente preteridos. Histología, Insti-

tuto Cajal: aparte Tello, en España estaba Fernando de Castro. A su llegada a Madrid, tras sus servicios en San Sebastián, Jiménez Díaz tuvo que soportar dos expedientes de depuración, uno de Responsabilidades Políticas y otro en el Colegio de Médicos. Luego se le ayudó, es cierto; pero Ochoa, Bielschowsky y otros ya no podían estar con él; y cuando al fin de su vida le vejaron en su propia casa, sólo al recurso de apretar los dientes pudo apelar. Casas, tan brillante estrella juvenil de la medicina interna en los años inmediatamente anteriores a la guerra civil, fue "depurado", y su carrera académica sufrió con ello quebranto definitivo. Rof Carballo y Vega Díaz no han podido dirigir con libertad un servicio hospitalario. La posibilidad cierta del gran docente de Patología quirúrgica que había en Plácido González Duarte, quedó implacablemente yugulada. El carácter sacerdotal y el altísimo prestigio de Asín Palacios pudo salvar la continuidad del arabismo; no logró otro tanto para la filosofía el nobilísimo don Juan Zaragüeta, también sacerdote y también prestigioso. ¿Para qué añadir nuevos datos? No; de ningún modo exageraba yo al decir que fue dura prueba el trabajo de los que prefirieron la permanencia al exilio.

Qué delgada había sido aquella película de vida europea sobre una parte, sólo sobre un parte del cuerpo de España. Qué engañoso espejismo, aquella creencia tácita en la eficacia de la obra reformadora de las generaciones precedentes. Cuantas veces hayan quedado solos consigo mismos y con el recuerdo de su vida de españoles, así lo habrán pensado, estoy seguro, los miembros de la del 27. Reciente el enorme trauma histórico y moral de la guerra civil, en la faena de seguir -en el deber de moverse, dentro de lo posible, en la linea del antiguo empeño- tuvo su imperativo categórico la generación de los europeizadores. Más que un imperativo, crecer en otro suelo fue, en cambio, la forzosidad biográfica y el

destino personal de los titulares de la generación del 27. Crecer, porque todavía no habían llegado a la plenitud; en otro suelo, porque cuando no, crudamente, el del exilio, otro y ajeno para ellos era el suelo histórico de la España triunfante en 1939. Fueron todos y siguen siendo los que viven agonistas y operarios de una España que pudo ser. ¿De qué modo este forzoso crecer en suelo ajeno ha modificado -mermándola en algunos casos, alterándola siempre- la espléndida obra de cada uno? ¿Cómo hicieron lo que han hecho, qué hubiesen dado a la cultura española siendo plenamente lo que en 1936 estaban empezando a hacer? Algo tendrán que decir sobre esto los historiadores del futuro. Porque si el historiador es cabal, en la conjetura de "lo que hubiera podido ser" tiene siempre invisible aureola el recuerdo de "lo que de hecho fue".

Nosotros

Inmenso, ilimitado es el número de los modos de la realidad humana a que puede dar expresión verbal -pronombrar- el pronombre "nosotros": "nosotros, los españoles", "nosotros, los cristianos", "nosotros, los marxistas", "nosotros, los socios del Real Madrid"... Salvo el de quien, como Don Quijote, dice "Yo sé quien soy", o, como Santa Teresa, afirma de sí mismo "vivir sin vivir en sí", todos los posibles modos de ser hombre admiten o requieren un "nosotros". El mío, en este caso, atañe en primer término al aspecto generacional de mi realidad. ¿De qué "otros" me declaro "nosotro", según el feliz neologismo unamuniano, cuando me veo o me siento miembro de una generación?.

Puesto que nací en 1908, la aplicación estricta de la cronometría generacional al curso histórico de la cultura española afirma mi pertenencia a la generación del 27. Rafael

Lapesa y yo seríamos los ultimísimos de ella. Considerando ante todo, no la fecha de mi nacimiento, sino el estilo y el contenido de mi vida de español, otros, en cambio, prefieren ver en mí un miembro de la generación subsiguiente. Con ellos estoy. Me miro a mí mismo, contemplo mi sentir y mi hacer de español, y sólo así puedo entenderme de manera cabal. Por razones biográficas, tal vez haya sido un poco retrasada mi incorporación activa a la historia de mi pueblo. Después de todo, y aunque para ellas posea cierta validez la cronometría, las determinaciones históricas de la vida personal no tienen una horma inexorable en el calendario.

¿Cómo debe ser llamada la generación española que en 1936 se disponía a comparecer en la escena de nuestra historia? Para nombrarla, si es que temáticamente se la nombra algún día, ¿se empleará una fecha o se recurrirá a un suceso? No lo sé, y creo que a estas alturas nadie lo sabe aún. Sé tan sólo que para quienes estábamos entre los veinte y los treinta años al comienzo de la guerra civil, ésta cayó sobre nosotros como una espada tajante, como un molde imprevisto o como una llamada al combate, sentido unas veces como propio y otras no. El azar para algunos, la previa orientación de la vida para otros, una invencible presión exterior para no pocos, decidieron el destino y marcaron para siempre -hasta en el caso de aquellos que luego han revisado más a fondo su pensamiento y su conducta- a los entonces jóvenes o jovencísimos componentes de esa nueva y sólo posible generación con nombre propio.

En dos series que ahora -en mi sentir, al menos- no son opuestas entre sí, sino entre sí complementarias, nombraré algunos de sus miembros. Cualesquiera que fuesen los modos y los grados de la adscripción, cualquiera que fuese el campo de la procedencia, en el lado de los vencedores estuvimos o estuvieron pronto, entre otros, Dionisio Ridruejo,

Antonio Tovar, Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco, Gonzalo Torrente Ballester, José Luis Aranguren, Leopoldo Panero, Rodrigo Uría, José Antonio Maravall, Paulino Garagorri, Javier Conde, Carlos Ollero, Luis Díez del Corral, Joaquín Ruiz-Jiménez, José María de Areilza, Primitivo de la Quintana, José Antonio Muñoz Rojas, Ignacio Agustí, Martín de Riquer, José Botella Llusiá, Sixto Ríos, Camilo José Cela, Miguel Delibes, Pepe Caballero, José R. Escassi, José María García Escudero, Ricardo Gullón, Juan Ramón Masoliver, yo mismo. Fueran los que fuesen el lugar de su residencia, el matiz de su afección y el ulterior comportamiento, de entre los vencidos proceden, por lo menos, Miguel Hernández, Julián Marías, José Ferrater Mora, Salvador Espriu, Gabriel Celaya, Alonso Zamora, José Manuel Blecua, Francisco Giral, Manuel García Pelayo, Juan Marichal, Joaquín Sánchez Covisa, Dionisio Nieto, Fernando Chueca, Antonio Buero Vallejo, Domingo García-Sabell, Ramón Piñeiro, Antonio Flores, Francisco Grande Covián, Antonio Gallego, Carlos Castilla del Pino, Juan Antonio Gaya Nuño, Manuel Tuñón de Lara, Juan Goytisolo, Guillermo Díaz-Plaja, Faustino Cordón, Julio Caro Baroja; y como hombre-quicio entre esta generación y la anterior, la del 27, Rafael Lapesa. La guerra civil nos contrapuso; luego, poco a poco, las consecuencias de la guerra civil nos han juntado. Dionisio Ridruejo y yo concebimos la idea de reunirnos en torno a una mesa veinte o veinticinco hombres procedentes de uno de los dos bandos de la contienda con otros tantos venidos del opuesto. No, desde luego para formar un partido o prepartido político, sino para afirmar la voluntad y el hecho de nuestra real convivencia y mostrarnos así como los más genuinos superadores de la guerra civil; para, en definitiva, declararnos todos vencidos por la España que en 1939 triunfó -pareció triunfar, si la miramos desde 1978-. Vicisitudes diversas fueron retrasando la ejecución de esta idea. Luego murió Dionisio, y el luto por él me hizo olvidarla.

Aquí comienzan mis problemas; los problemas que me plantea este ensayo, quiero decir. Varios veo. Supuesto el carácter generacional de ese amplio y dual conjunto, ¿pueden ser descritas las notas estilísticas en que tal carácter se manifieste? A manera de ejemplo: ¿qué analogías generacionales cabe establecer entre la poesía de Rosales y la dramaturgia de Buero? No sé qué responder. Restrinjamos el área de nuestra visión, contemplemos tan sólo una de las dos series anteriores. En el seno de la que se elija, ¿existirán tales notas? Las figuraciones poéticas de Miguel Hernández y las ideas estéticas de Fernando Chueca, ¿muestran una semejanza de estilo que, además de acercarlas entre sí, las distinga cualitativamente de aquello por lo que la obra de la generación del 27 se singulariza? Tampoco veo respuesta que me satisfaga. Y, en último término, la pregunta que ahora es principal: en la incidencia de la guerra civil sobre cada una de las series precedentes y -esto es lo decisivo- sobre la que resulte de juntar una y otra, ¿es posible señalar rasgos a la vez comunes y característicos?.

Dejando de lado la índole y el contenido de las varias conductas particulares, tan distintas a veces entre sí, y el posible sello que sobre el comportamiento común de cada una de las series imprimiese su pertenencia al bando con que sus componentes estuvieran, pienso que ante la última de estas tres interrogaciones algo aceptablemente satisfactorio cabe decir.

El curso de la vida española durante los meses anteriores a la guerra civil y, *a fortiori*, la guerra civil misma, dieron lugar a que en nosotros de nuevo se hiciera problema ineludible el destino histórico de España, y a que, en consecuencia, otra vez fuese urgente cuestión ética la participación personal -a la postre, política, según el más amplio sentido de la palabra- en la posible resolución inmediata de ese problema. La esencial unidad que como expositor de su pensamiento

estableció Aristóteles entre la ética y la política se hizo en nuestras almas vivencia intensa. "De nuevo" y "otra vez" he dicho, porque, en situación harto menos dramática, eso mismo había acontecido en los años que siguieron a 1898 y en los que precedieron a 1913, y porque un comprensible espejismo hizo luego que esa conexión no fuera vivida como acuciante problema personal. Si quiere entenderse en su sentido más amplio el término "política", diremos que, tras el apoliticismo inicial de la generación de 1927, la siguiente tuvo que comenzar su vida politizándose.

Esta fue, creo, nuestra primera nota generacional. No será necesario insistir en la enorme diversidad de su realización concreta; no sólo por la división de España -y de nosotros con ella- en dos mitades sangrientamente contrapuestas, también porque un hombre puede politizarse de muchos y muy distintos modos: ocupando un puesto de gestión, mandando una sección de infantería, escribiendo poemas, soñando utopías o pensando acerca de la vida histórica de su país; y en definitiva, porque cada uno es cada uno. Sobre la letra del verso antes transcrito -también político- de Antonio Machado, este otro podría escribirse ahora: "Mas cada cual el rumbo siguió de su ventura" Ventura como modo ilustre o gregario, venturoso o desventurado, impuesto o elegido, de cumplir el destino personal, gozarlo o padecerlo y recoger el fruto que al fin ofrezca.

Se trata de saber si en el vario seguimiento de esa ventura y en la diversa ejecución de esa pauta biográfica general -la enunciaré de nuevo: sentir como apremiante problema ético la participación en la faena de rehacer España, una España que entonces sangraba- hubo rasgos comunes; si, por tanto, la tópica y coincidente clasificación de los contendientes en "Nosotros" y "Ellos" pudo ser pronta y lícitamente sustituída, entre los integrantes de esas dos series de nombres, por esta otra fórmula: "Nosotros" y "Nosotros, sólo que de

otro modo". Unamunianamente: si en verdad éramos dos "nos-unos" de un mismo "nos-otros" español y generacional.

Mirando no más que hacia el grupo de los que me fueron más próximos, los siguientes rasgos comunes veo yo: 1) Ya durante la guerra civil, nuestra voluntad de romper la fanática estrechez de miras o la actitud insipiente y rencorosa que frente a buena parte de la cultura española más reciente tantas veces adoptaron los promotores y gestores de la contienda. Sin Antonio Machado, por ejemplo, nosotros no podíamos sentirnos españoles completos. 2) Apenas pasada la guerra en acto, un deliberado esfuerzo por mantener la continuidad de nuestra cultura, tanto con su zaherido ayer inmediato -generaciones del 98, del 13, del 27-, como con los restos vivientes que de esos tres grupos generacionales habían quedado dentro de nuestras fronteras. 3) Poco más tarde, intento de vinculación con cuantos desde el exilio aceptasen un diálogo leal, y por tanto una efectiva convivencia con nosotros. 4) A lo largo de todo este proceso, vario y más o menos preciso acercamiento a un ideal de nuestra vida histórica en el que quedaran fundidas y actualizados los de las generaciones anteriores, muy en especial la del 98 y la del 13. 5) A bandazos, a retazos, sin la menor opción a la continuidad, elaboración entrecortada, por parte de cada uno, de su respectiva obra personal. 6) Convicción cada vez más clara y firme de que, dentro del régimen de Franco, era totalmente inviable una política en la cual todo lo que precede, con sus presupuestos y sus connotaciones, entrase en vías de realización. 7) Como consecuencia, revisión y rectificación de la propia conducta y de la inconsistente e infundada ilusión sobre que se apoyó. En mi caso, tal revisión cobró al fin forma impresa; es el libro titulado *Descargo de conciencia.*

¿Tiene alguna validez colectiva este sumario esquema bio-

gráfico?. Para el grupo de la generación procedente del campo que a sí mismo se llamó "nacional", pienso que sí; para quienes al término de la guerra se consideraron más o menos afines a nosotros, creo que también. Carezco de documentación y de autoridad, en cambio, para discutir si una revisión de algún modo complementaria de la nuestra se ha producido o no se ha producido dentro de los vencidos en 1939. La experiencia y el recuerdo de la guerra misma habrán suscitado la autocrítica en más de uno, al menos en el seno de su intimidad; pero cuando las razones profundas del vencido no han llegado a ser abolidas por la victoria del vencedor, más aún, cuando en tan buena parte han sido una y otra vez confirmadas o reforzadas, encuentro perfectamente lícita y comprensible la resistencia a revisiones muy expresas del pasado propio. Esto, sin embargo, creo poder decir: en lo tocante a las exigencias primarias y los imperativos básicos de la vida y la cultura de España, el "nosotros" entre la mayoría de los integrantes de ambos grupos es tan verdadero como real. Una auténtica comunidad en el presente y hacia el futuro ha surgido de nuestro doble y concordante fracaso. Los decanos de ese definitivo "nosotros", ¿podremos ver hechas vida algunas de las metas a que tan menesterosamente aspira el hecho de pronunciarlo?. Piense o no piense en dicha interrogación, de ella nace la avidez con que por las mañanas miro los titulares de los diarios.

Mas no sólo a los miembros de mi generación se refería el "nosotros" que encabeza este apartado; también a los hombres de las generaciones anteriores, tan eminentes algunos, que todavía viven y trabajan, y sobre todo a cuantos, más jóvenes que nosotros, constituyan grupos generacionales distintos del mío. Si no se conforma uno con aplicar una pauta cronométrica al curso de la vida ulterior a 1939, ¿qué generaciones españolas pueden ser descritas en ella, quiénes las representan y caracterizan? Me falta tiempo para emprender

la investigación metódica que esa pregunta pide; y aun cuando cierta patente o larvada influencia de la guerra civil haya perdurado a lo largo de cuarenta años -entre las preocupaciones más reales y constantes de Franco y los suyos, ¿no fue precisamente ésta la que daba apoyo a todas las restantes?-, sólo de las generaciones directamente afectadas por el hecho mismo de la guerra he querido ocuparme en este rápido examen. Pero una ojeada fugaz sobre el fluyente panorama que ofrecen nuestras letras, nuestro pensamiento y nuestras artes de los últimos decenios, y, por supuesto, también sobre los eventos históricos que les han servido de marco, tal vez sea suficiente para delinear algunos rasgos importantes.

La derrota total del Eje en 1945 hizo saber a todos, aunque muchos se resistiesen a reconocerlo, más aún, aunque tal realidad tardase años y años en patentizarse, que la orientación de la historia universal había de convertir en vencidos a los vencedores de 1939. Pese a la adopción de disfraces políticos, vencidos estaban ya, desde entonces, en el gran teatro del mundo. A la vez, el régimen de Franco iba mostrando su verdadero esqueleto intelectual y moral. Si a esto se añade el ostensible deterioro físico del propio Franco a partir de 1970, se tendrá a la vista el cuadro histórico dentro del cual hemos ido existiendo y actuando cuantos españoles seguimos con vida. Inversión profunda del resultado de nuestra guerra civil *versus* prosecución visible y crispada de la vigencia de éste: tal ha sido el hecho fundamental de los treinta y cinco últimos años de nuestra historia.

Sobre él, dentro de él, era inevitable una creciente desmitificación de la contienda que muchos seguían llamando "Cruzada". Un poco esotéricamente, acaso *La octava de San Camilo,* de Cela, constituya el más notorio signo de ella. La desmitificación de la guerra civil era sin duda deseable, y en sí misma constituye, por tanto, un plausible evento. Con un

riesgo, sin embargo: que se convierta en causa o motivo de olvido irresponsable o de recuerdo pintoresco, para el caso igual da, de la contienda misma. Porque bajo el cómodo olvido o el recuerdo sólo literario de ella puede seguir operando, apenas visible, el hábito psicosocial de la guerra civil que al comienzo denuncié. Entre 1876 y 1936, y pese a que en la vida interna de España no faltaran traumas y dolencias, ¿cuántos pudieron sospechar que en los senos de nuestra sociedad perduraba intacto ese hábito?.

Con tal desmitificación y con el sano recelo frente a la retórica política que indisolublemente lleva consigo, algo menos defendible creo notar: cierta merma de ambición, respecto de la obra propia, entre los que por su talento deberían sentirla; merma de ambición que acaso en algunos -antiunamunianamente- haya ido unida a sobra de codicia. La primera estrofa del poema "Una España nueva" dice así:

Dejamos en el puerto la sórdida galera,
y en una nave de oro nos plugo caminar
hacia los altos mares, sin aguardar ribera,
lanzando velas y anclas y gobernalle al mar;

y yo me pregunto si, prescindiendo del énfasis un poquito oratorio -pero, eso sí, hermoso- que en estos versos campea, han sido muchos durante treinta años los jóvenes españoles en quienes latiera la ambición histórica y personal de que tales versos proceden; y sigo preguntándome si algo de ella no será deseable en nuestros políticos, pensadores y escritores que todavía no han cumplido los sesenta.

Todo este ensayo viene a ser el relato o la pública confesión de un cuádruple fracaso sucesivo: el que, sin menoscabo de lo que por sí mismo valga la obra personal de cada uno, tantísimo en tantos casos, hemos sufrido los miembros de cuatro generaciones de españoles radicalmente hostiles al hecho y al hábito de la guerra civil. Llamamos fracaso a la

inanidad factual de lo que se hizo o se pretendió hacer. Recogiendo una vieja y graciosa frase de nuestro lenguaje familiar, solía decir don Américo Castro ante la ruina irreversible de algo: "Y ahora, un padrenuestro por las cosas que no tienen remedio". Nuestro reiterado fracaso en tanto que españoles sedientos de una satisfactoria reforma de España, ¿estará entre las cosas sobre las cuales ya no cabe sino el responso y la despedida de un padrenuestro de trámite? Me atrevo a pensar que no. Subjetivamente, porque, con Karl Jaspers, pienso que cierto fracaso es el relato inexorable de toda existencia auténtica. Nadie alcanza en su vida todo aquello que creyó poder alcanzar. Objetivamente, también, porque no me resigno a admitir que la confesión honesta de un fracaso y el honesto análisis de él sean por necesidad histórica y socialmente ineficaces; aunque, como bien sabemos todos, la experiencia vital de los viejos no suele ser admitida por los jóvenes, cuando es de su propia vida de lo que se trata. Otra vez con Antonio Machado, ahora el poeta gnómico y oracular:

Doy consejo a fuer de viejo:
nunca sigas mi consejo.
Pero tampoco es razón
despreciar
consejo que es confesión.

Estamos rehaciendo España, levantando una España que a un tiempo sea actual y nueva. A través de las incidentales contrariedades que el empeño sufra o depare, por encima del chapado escepticismo de muchos, tal es -o así me lo parece- el sentir de los más. En esa arquitectónica faena, ¿puede ser ceniza lanzada al viento la exposición analítica de los cuatro fracasos que ante los males de su patria conocieron algunos españoles de buena voluntad? Me resisto a admitirlo.

En 1900, bien reciente, por tanto, la dolorosa herida que para los españoles fue el Desastre de 1898, don Santiago Ramón y Cajal recibió un importante premio internacional, la llamada Medalla de Moscú; de Moscou, como entonces se escribía. El paraninfo de la casa de San Bernardo fue escenario del homenaje que con ese motivo le rindieron la Universidad de Madrid y el Gobierno de la nación. En él, nuestro gran sabio propuso a los jóvenes de entonces una consigna para el ánimo, "A patria chica, alma grande", y otra para la acción, "Aumentar el número de ideas españolas circulantes por el mundo". A las ideas habría que añadir las formas de vida, las creaciones literarias, musicales y plásticas, las instituciones políticas y administrativas. Con menos no podemos conformarnos quienes en España hemos vivido el fracaso reiterado de tantas nobles esperanzas, de tantos nobles empeños.